



INSTITUTO CARO Y CUERVO

FACULTAD SEMINARIO ANDRÉS BELLO

TRABAJO DE GRADO MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

DANIEL ARMANDO VILLA MORA

FRÁGILES CONSTRUCCIONES

BOGOTÁ

2022

INSTITUTO CARO Y CUERVO

FACULTAD SEMINARIO ANDRÉS BELLO

MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

FRÁGILES CONSTRUCCIONES

DANIEL VILLA

Trabajo de grado para optar por el título maestro en escritura creativa

JUAN SEBASTIÁN CÁRDENAS

BOGOTÁ

2022

**BIBLIOTECA JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI**

**INFORMACION DEL TRABAJO DE GRADO**

**1. TRABAJO DE GRADO REQUISITO PARA OPTAR AL TÍTULO DE:**

**Maestro en escritura creativa**

**2. TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO:**

**Frágiles construcciones**

**3. SI AUTORIZO  NO AUTORIZO**

**A la biblioteca José Manuel Rivas Sacconi del Instituto Caro y Cuervo para que con fines académicos:**

- Ponga el contenido de este trabajo a disposición de los usuarios en la biblioteca digital Palabra, así como en redes de información del país y del exterior, con las cuales tenga convenio la Facultad Seminario Andrés Bello y el Instituto Caro y Cuervo.
- Permita la consulta a los usuarios interesados en el contenido de este trabajo, para usos de finalidad académica, ya sea formato impreso, CD-ROM o digital desde Internet.
- Socialice la producción intelectual de los egresados de las Maestrías del Instituto Caro y Cuervo con la comunidad académica en general.
- Todos los usos, que tengan finalidad académica; de manera especial la divulgación a través de redes de información académica.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, *“Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores”*, los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. Atendiendo lo anterior, siempre que se consulte la obra, mediante cita bibliográfica se debe dar crédito al trabajo y a su autor.

**IDENTIFICACIÓN DEL AUTOR**

**Nombre completo:**

Daniel Armando Villa Mora

**Documento de Identidad:**

1023902632

**Firma:**

Daniel Villa

## DESCRIPCIÓN TRABAJO DE GRADO

### AUTOR

Apellidos	Nombres
Villa Mora	Daniel Armando

### DIRECTOR (ES)

Apellidos	Nombres
Cárdenas	Juan

TRABAJO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE: Maestro en escritura creativa

TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO: Frágiles construcciones

NOMBRE DEL PROGRAMA ACADÉMICO: Maestría en escritura creativa

CIUDAD: Bogotá. AÑO DE PRESENTACIÓN DEL TRABAJO: 2022

NÚMERO DE PÁGINAS: 39

TIPO DE ILUSTRACIONES: Ilustraciones  Mapas  Retratos  Tablas, gráficos y diagramas  Planos  Láminas  Fotografías

MATERIAL ANEXO (Vídeo, audio, multimedia):

Duración del audiovisual: \_\_\_\_\_ Minutos.

Otro. ¿Cuál? \_\_\_\_\_

Sistema: Americano NTSC  Europeo PAL  SECAM

Número de archivos dentro del CD, en caso de incluirse un CD-ROM diferente al trabajo de grado: uno.

PREMIO O DISTINCIÓN (En caso de ser Laureadas o tener una mención especial): Laureada

DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVES: Son los términos que definen los temas que identifican el contenido. *(En caso de duda para designar estos descriptores, se recomienda consultar a la dirección de biblioteca en el correo electrónico*

*[biblioteca@caroycuervo.gov.co](mailto:biblioteca@caroycuervo.gov.co)*):

ESPAÑOL	INGLÉS
Memoria	Memory
Olvido	Oblivion
Ruina	Ruination
Fragmento	Fragment
Recuerdo	Remembrance
Vida	Life

RESUMEN DEL CONTENIDO Español (máximo 250 palabras):

El narrador de este texto observa por la ventana la construcción de un edificio de tres plantas. Cada ladrillo va acomodándose imperceptiblemente, como las nubes sobre el Oriente. Él ha seguido la construcción por años y a veces se pregunta si lo que ve es un edificio derruido o en construcción: si, de alguna forma, ese edificio fragmentado e incompleto se parece a su memoria. En medio de una juiciosa procrastinación que lo aleja parcialmente de su trabajo, el narrador ha empezado a pensar que la vida le ha pasado por el lado sin dejar huella, que ha acumulado un tiempo que no recuerda: que ha vivido una vida en la que ha sido solo la mitad. Comienza a escribir para buscar en su memoria lo que ha sido su vida, aquello que se le ha perdido, que ha mirado sin ver. Mientras escribe se encuentra con la experiencia del olvido, pero también con los hilos que lo reúnen con una memoria colectiva que consideraba ajena y lejana, sepultada irremediablemente bajo polvo, barro y ruinas.

RESUMEN DEL CONTENIDO Inglés (máximo 250 palabras):

The narrator of this text gazes out the window at the building of a three-story building. Each brick is settling imperceptibly, like clouds over the East. He has followed the progress of the

construction over the years and sometimes wonders if what he sees is a building in ruins or under construction: if, in some way, this fragmented and incomplete building resembles his memory. In the midst of a deliberate procrastination that partially detaches him from his work, the narrator has begun to think that his life has passed him by without leaving a trace, that he has gathered a time that he does not remember: that he has lived a life in which he has been only half of himself. He begins to write in order to seek in his memory what his life has been, what he has missed, what he has looked at without seeing. As he writes, he encounters the experience of oblivion, but also the threads that connects him with a collective memory that he considered alien and distant, irremediably buried under dust, mud and ruins.

## TABLA DE CONTENIDO

<b>Memoria material .....</b>	<b>8</b>
<b>Frágiles construcciones .....</b>	<b>14</b>

## Memoria material

Quisiera saber cuándo comencé a escribir el manuscrito. Intento precisarlo y se me ocurre que no saber es una posibilidad. Podría, quizá, decir que simplemente vino a mí, que lo escribí sin querer: que una vez se comienza a escribir simplemente hay que darle paso a la palabra, mientras uno se sume en un estado de semiconsciencia. Me preocupa no saber, pero supongo que el lugar común es un punto de inicio, porque ahí también hay saber y verdad. Se me ocurre que el texto antecede a la escritura y se requiere tiempo para superar el desajuste entre escribir y no escribir. Necesito un soporte material que me ayude a recordar.

Abro mi cuaderno. Al principio sobre todo hay citas de lo que estaba leyendo, aunque casi ninguna tiene referencias para saber de dónde las tomé; supongo que en ese momento pensé que lo que estaba transcribiendo era importante, que siempre lo iba a recordar. Pero de la mayoría ya no me acuerdo, muchas no me dicen nada y no entiendo por qué las anoté. Más adelante hay notas de viaje y algunos textos amargos que no recordaba: me transportan a lugares a los que quisiera no volver, pero a los que sé que volveré. Después de todo, ¿qué es un oficinista sin paredes blancas, luz artificial y espacios duplicados, multiplicados?

Hay una hoja en blanco. Luego hay varios títulos como “Estructura”, “Ideas”, “Ajustar”: estaba preparando el proyecto para esta maestría. De lo que leo en mi cuaderno, y por lo que entregué, entiendo que me interesaba escribir sobre la diferencia entre memoria e historia. En algún momento, quizá al comienzo mismo de la maestría, abandoné ese proyecto y la idea dejó de parecerme importante. Eso puede deberse a la lectura de *El entenado*, pero también a las clases y el mundo que se me ampliaba con ellas: uno del que no tenía noticia, uno que no había sentido nunca.

Sigo con el cuaderno. Hay colores, muchas flechas y números. Parece que me organizo a mí mismo, mirando hacia adelante, mientras me digo: haz esto, escribe esto, no te olvides de esto, ¿te olvidaste? Y me había olvidado. Hasta el momento en el que escribo esto me había olvidado de la señora que salía por la ventana durante el día y se quedaba mirando la calle por horas. Era una señora mayor, con el pelo totalmente blanco. Me había olvidado porque ya no la puedo ver,

no sé si todavía sale por la ventana; no puedo saber si se enfermó, si ahora prefiere dar paseos: han construido dos pisos más del edificio de enfrente y ya no puedo ver su casa.

En el cuaderno me digo que debo recordar ese edificio: es importante. Y cómo no va a serlo, si lo veo todos los días desde que trabajo en casa. Hasta me parece que he aprendido algo de construcción mirándolo. Solo le conozco el frente y uno de los lados. También puedo ver el interior. En este punto está más avanzado, pero sigue pareciendo como una fotografía de un lugar abandonado: las tomas cuelgan, las vigas de la estructura salen por los lados, los marcos de las ventanas no tienen vidrio, pero sí el vinipel con el que los envolvieron para la entrega. Todo está por hacer, aunque ya se ha hecho mucho.

Al mirar a ese edificio no dejo de pensar en esta ciudad cruel, en la cantidad de edificios iguales que hay por toda la ciudad, en otros sitios en los que he vivido o en los que viven personas que conozco. A veces me convengo de que ese edificio es una materialización de la espera, un presente roto, un pasado derruido; también futuro y, por eso mismo, esperanza: una inmovilidad consumida por el tiempo; otras veces veo en él la materialización de una situación de clase y se me ocurre, aunque después no esté completamente seguro, que las clases sociales son el elemento fundamental para entender las relaciones sociales.

Algunos de los textos que tengo sobre ese edificio en construcción aún no los he reescrito, otros son solo frases. Quizá los rescriba más adelante y espero que, llegado ese momento, me sigan pareciendo igual de importantes. De cualquier forma, creo que mucho de lo que he intentado reflejar en el manuscrito está vinculado con lo que ese edificio me hace sentir.

El cuaderno también está lleno de textos cortos. Todos están relacionados con el manuscrito. De vez en cuando hay una cita de lo que estaba leyendo en el momento y, por lo general, los textos siguientes trabajan alrededor de ella. Me parece que comencé a escribir, que sigo escribiendo, sin conocer el final de lo que comencé luego de una hoja que se quedó en blanco. He escrito todo este tiempo con el edificio a medio construir frente a mi ventana. He escrito pensando en esa oficina blanca, en la luz artificial, en los pasillos largos a los que, a menos que yo decida lo contrario, eventualmente tendré que volver. Sobre todo, he escrito siguiendo una pregunta persistente por la memoria.

No sé si hay un camino. Si lo hay, no lo he visto. Eventualmente eso dejó de preocuparme. Seguí haciendo lo que hacía. Todavía sigo haciéndolo. Dejé que todo continuara, continué acumulando fragmentos y moronas, textos que surgían de lugares insospechados. Intuitivamente escribía los textos en el cuaderno y luego los pasaba. Pocas veces los escribía directamente en Word porque notaba que no lograba terminar la idea general del texto antes de empezar a cambiar palabras o frases enteras; terminaba rescribiendo el texto varias veces y, en el proceso, me parecía que la idea inicial se diluía y perdía una de las características que deseaba que tuvieran todos los fragmentos: que fueran simples y que cada uno pudiera entenderse por separado.

Esto exigía que los fragmentos no tuvieran ningún pasaje críptico. Aunque no estoy seguro de haberlo logrado, creo que este ha sido un esfuerzo consciente. Las devoluciones que recibí de este texto y, en general, de los demás textos que escribí en la maestría, me ayudaron a ver que debía relacionarme de manera diferente con el lenguaje. A veces me aferro a muletas que me hacen sentir seguro. En la preparación del manuscrito las fui soltando, especialmente el uso extenso de referencias, paráfrasis y citas.

A lo mejor seguía pensando que hay una suerte de escritura típicamente ensayística que incluye, necesariamente, citas y referencias. Quizá por eso muchos de los fragmentos que presenté inicialmente contaban con referencias o citas. Esto se fue diluyendo hasta dejar las que consideré necesarias. Me parecían —me parecen— particularmente importante las experiencias con la afasia. En el caso de algunos escritores tenemos los textos que narran el proceso de reconquista de la memoria y el lenguaje —en otros, como Tranströmer, la obra anterior parece anticipar la experiencia de la pérdida de la memoria—.

Quería aproximarme a la memoria desde la experiencia personal y las reflexiones individuales para evitar cualquier intento —inconsciente o consciente— por explicar la memoria y su funcionamiento. Para evitar esto, pero sobre todo para construir un tono, me propuse ocuparme más de borrar que de reescribir. Lo fundamental era borrar. Luego podía reescribir y leer —algunas veces en voz alta—. Después decidía si debía borrar más o si podía continuar con el siguiente fragmento. Durante la escritura de este manuscrito he intentado seguir el principio que le escuché por primera vez a Diego Zúñiga y que consideré como una revelación: escribir es borrar.

Inicialmente se me ocurrió que los fragmentos podían organizarse como un diario. Seguramente pensé en imitar alguna lectura —pienso ahora en *El cuaderno gris*, de Pla, y en *El viaje*, de Pitol—. Sin embargo, luego de reunir el primer grupo de fragmentos, deseché la idea porque me pareció que podía cambiar y el sentido de los fragmentos. En ese momento me sentía deslumbrado por textos como *Desarticulaciones* y *Vivir entre lenguas*, de Molloy, así que me esforcé por nombrar cada fragmento. En algunos casos los juegos que se construían eran interesantes, ampliaban la lectura, pero en la mayoría se tornaban redundantes, explicativos o intrascendentes.

Más adelante intenté cambiar los nombres siguiendo la estrategia usada por Benjamin en *Calle de sentido único*. No obstante, consideré que el resultado no mejoraba el tejido del texto y abandoné los títulos por completo. Asimismo, cambié la distribución de los fragmentos. Aunque en las primeras entregas estaban divididos por espacios entre los títulos, luego probé dejarlos separados en páginas independientes. Pero, luego de quitar los títulos, esa distribución fue perdiendo sentido y decidí separarlos únicamente por un par de espacios.

Paralelamente, intentaba encontrar la forma de organizar los fragmentos. Lo primero que hice fue construir listas. En varias páginas de mi cuaderno puedo verlas: unas con solo flechas y colores, otras con colores, flechas y números. Conforme fue avanzando el número de fragmentos, esas listas se fueron alargando. Creo que las hacía por compromiso, testarudez o miedo a no tener una referencia para tejer relaciones. Paulatinamente dejé de hacer las listas y me enfoqué en hacer un recuento de lo que había excluido en las últimas entregas y no estaba seguro de dejar de lado por completo. Esto fue más útil que las listas porque me permitió retomar ideas iniciales para ampliarlas o incluirlas durante la reescritura.

Las listas también me ayudaron a identificar temas recurrentes e imaginar cómo vincularlos. Al principio el tejido era sencillo, todavía no se alcanzaban a ver algunas de las rutas posibles que sugería el texto. Al avanzar y acumular más fragmentos, las rutas fueron aclarándose, pero se me ocurrió que, entre más separados se encontraran los fragmentos, los significados cruzados tenderían a disolverse y eventualmente se perderían. A partir de allí me ocupé de encontrar una separación óptima que mantuviera la sencillez del tejido y, a la vez, facilitara la construcción de estas rutas que vinculaban las temáticas similares o que continuaban las narraciones interdependientes.

En el camino, quizá atrapado por la rutina laboral, empecé a alimentar un libro en Excel para relacionar los fragmentos con algunas de las temáticas recurrentes que había logrado identificar. No entiendo del todo qué esperaba obtener, pues el resultado era claramente maquinal, simétrico. El archivo me brindaba un mapa plano de la generalidad del texto. La estructura vertical y horizontal no daba cuenta del movimiento entre los fragmentos. De haberla seguido tendría una secuencia de fragmentos sin conjunto, es decir, moronas regadas, retales sin bolsa. Precisamente, desde el punto de vista consciente, ese era el efecto que buscaba: encontrar el ritmo intrínseco de ese conjunto de fragmentos contando con la separación de los textos y los espacios en blanco.

Ya he mencionado algunos de los autores que me motivaron a escribir o que me animaron a seguir ideas e incluso formas. Mencioné a Pla y me gustaría complementar esta referencia con una más querida para mí: Pessoa y *El libro del desasosiego*. También mencioné a Molloy. Mientras escribía también estuve sumergido en la lectura de *El libro de la hospitalidad*, de Jabès. En ese libro también encontré una cantidad de ideas que me ayudaron con mi escritura. En este grupo añadiría a Zúñiga, de quien leí *Camanchaca*, y especialmente a Glantz con *Saña*. Creo que todos estos libros me enseñaron sobre la forma y el trabajo del fragmento. Me gustaría que aquello —nuevamente difícil de precisar— que creo haber aprendido se vea reflejado en el manuscrito.

En mi cuaderno hay fragmentos casi hasta el final de las páginas. Luego hay una estructura para precisar algo de lo que pensaba escribir en este ensayo. La estructura está incompleta. Quisiera terminar con algo que recordé mientras escribía. En un ejercicio de clase debíamos escribir un texto a partir de una imagen. Me correspondió una foto en la que se ve un camino de tierra seca y ocre que da hasta una casa vieja, derruida, aparentemente abandonada. A un lado de la casa se ve un árbol marchito que resume el color y el sentimiento que me transmitía la foto.

A partir de esa imagen escribí el borrador de uno de los fragmentos que aparecen en el manuscrito. Ese fragmento inicialmente se llamó “Pompeya”. Luego de trabajar ese fragmento y de escribir otros relacionados con él, entendí que también estaba escribiendo sobre un hecho

que había intentado dejar de lado porque consideraba que no me pertenecía: me sentía un impostor con siquiera mencionarlo o al pretender que lo entendía. Al escribir me encontré con el tema, quizá lo había encontrado antes de escribir “Pompeya”, y eso le brindaba un tono a la memoria que intentaba reconstruir en los fragmentos. Aunque parezca otro lugar común, se trata de la memoria del dolor: un dolor sepultado por el barro hace más de treinta años.

Allá me gustaría llegar. Sé que no sé, aunque cuente con la memoria de mi mamá y mis tías. Debo aceptar esa memoria como mía y compartirla. También sé que en este ensayo escribí que no sé hacia dónde voy, que no controlo la dirección y desconozco si hay un final para el manuscrito. Es cierto. Lo es al menos en su mayoría. Siento que he rozado el tema apenas. Quiero aproximarme con calma y no sé si pueda llegar a dónde sea que deba llegar. Mientras tanto, me mantengo en la duda, en la conciencia de un no saber que ejemplifica la imagen que he construido alrededor de la memoria: olvidar, recordar y permitirse imaginar.

## Frágiles construcciones

Me gusta decirle a Vanesa que mi vida comenzó hace cinco años. Antes de esa fecha el tiempo va deteniéndose y la sensación que tengo de los hechos se diluye. En el panorama general de mi pasado asoman algunos sucesos inconexos, pero casi todos se sienten como huérfanos de presente. A riesgo de sonar exagerado diré que a veces no sé cómo llegué aquí ni cuál fue el camino; estuve en lugares que no puedo ver y escuché lenguajes que no consigo reproducir. En cualquier momento olvidaré la cara de mi madre.

Tengo treinta años. ¿Cuánto de eso recuerdo? Ana Blandiana describe con precisión esta experiencia en “La capilla con mariposas” y quiero hacer mío lo que ella escribió allí: “Por lo tanto, es evidente que este tiempo no habría que sumarlo al cómputo de mis años y, si me preguntasen qué edad tengo, debería responder que unas veinte o treinta horas”.

Otro escritor, José Cardoso Pires, sufrió una enfermedad vascular cerebral en 1995. Este accidente, según el neurocirujano João Lobo Antunes, “seca la fuente de donde viene el pensamiento”. Uno de los síntomas más inmediatos de la enfermedad es una afasia grave que restringe el lenguaje y, por lo tanto, impide la escritura, el habla y la lectura.

Con el progreso de la afasia se detiene el fluir del mundo o, mejor, la capacidad para sentir y retener ese fluir. Todo pasa y el presente se desvanece simultáneamente con un pasado que ha muerto casi antes de nacer. No hay persona, no hay un yo; tampoco referencias ni lazos, ninguna imagen, ningún significado. Todo está allí, pero no pasa, porque tampoco hay tiempo. Nada se siente.

En *De profundis*, Cardoso Pires describe su enfermedad como una pérdida total de la memoria: un vals lento a través de tinieblas blancas.

Érika me regaló un cuaderno rojo. Días después, mi memoria se detuvo en un olvido: un par de años antes había recibido otro cuaderno, también rojo. Constatar que había dos cuadernos rojos formando un hilo secreto entre las lagunas de mi vida me llenó de entusiasmo. Comencé a cargar el regalo de Érika en la maleta todos los días. Incluso compré el mejor esférico que encontré —uno que me pareció caro—. No sabía si tenía algo que escribir, pero andaba con el cuaderno todo el tiempo. Lo sacaba en las reuniones y lo ponía sobre la mesa. Creo que todo el mundo pensaba que me estaba haciendo el interesante y eso me agradó.

Yo suponía que Érika también notaba un cambio en mí. Una tarde me preguntó si el cuaderno me había ayudado. Le contesté que no estaba seguro, pero que me gustaba mucho. Se quedó mirándome un rato. Luego me contó que mientras estaba en Indonesia se le ocurrió que escribir en papel me podría ayudar a organizar mis tareas. Tú sabes, a planear mejor tu día y esas cosas, dijo. Hasta ese momento no había comprendido que el regalo era, también, un consejo y una advertencia.

No iba a usar el cuaderno en planear ningún día. Tampoco lo iba a guardar, como hice con el otro cuaderno rojo. Decidí que lo tendría siempre conmigo. En algún punto alguien llegaría, algo pasaría, y yo entendería qué hacer con él.

Vanesa y yo compramos un apartamento en un edificio sin electricidad, que nunca se seca y que, cinco años después, parece en obra gris. Hoy es evidente que los constructores no piensan terminar la obra y que debemos hacerlo nosotros, pero no sabemos cómo ni tenemos el dinero para llevar a cabo la tarea. He soñado varias veces que el edificio se desploma. Supongo que esta imagen recurrente es un reflejo de la sensación de desastre inminente que me recorre cuando observo la fachada o las paredes del edificio.

En otro sueño —o quizá mientras miro por la ventana y veo los techos de zinc y las casas sin terminar del barrio— veo cómo el piso de nuestro apartamento se desploma. Todo cae en un abismo sin contornos y Vanesa y yo caemos también, sepultados por ladrillos, muebles y libros. En el sueño —y después del sueño— tengo la impresión de que ha sido mi culpa por traer tanto papel, por sobrecargar la estructura, por tener este montón de libros sin leer.

He pensado que esos pueden ser sueños sobre la pérdida de la estabilidad: perder la propiedad que aún no he pagado, ver cómo se derrumba lo que no busqué pero tengo, lo que debería haber deseado pero fue casi un accidente. Puede ser eso. O quizá mi vida comenzó hace tan poco que temo volver a perderle la pista.

Durante la recuperación, mientras Cardoso Pires intentaba comprender qué le había pasado, se apoyó en los recuerdos de su esposa, Edite. Su intención, dice, era recapitular y volver a ser un individuo con pasado, pero, tras recuperarse por completo, apenas retenía algunos recuerdos de la convalecencia, así que todo el proceso de reconstrucción de su experiencia dependió de Edite. *De profundis* es, al menos en buena medida, una edición y una rescritura hecha a partir de recuerdos ajenos.

Cuando comencé a trabajar en casa me apliqué al máximo. Pasaba el día clavado en la pantalla hasta que oscurecía por completo y debía levantarme a encender la luz. No me paraba, evitaba ir al baño, comía sobre el computador. Quería aparecer conectado todo el tiempo: siempre en verde o rojo, nunca en amarillo o blanco. Supongo que me sentía responsable por retribuir un privilegio. Salía poco y algunas semanas ni siquiera ponía un pie fuera de casa. Los fines de semana trabajaba, aunque nadie me lo pidiera. El tiempo comenzó a estirarse. Los días trascurrían idénticos, divididos por comidas y unificados por un hambre permanente, como de ayuno: era como si comiera para que otros se alimentaran.

Nuestra jefa organizaba reuniones semanales. Para mantenernos alineados, decía. Las reuniones eran palabras sin lenguaje; casi siempre se decía lo mismo: manejo del tiempo, trabajo en equipo, rendimiento. A veces, algún compañero intervenía y decía alguna frase hecha, como “más que un equipo, somos una familia” o “ahora debemos entregar la milla extra”. En realidad, cuando me pedían que interviniera o aportara algo, me limitaba a repetir lo que les entendía a los demás: no sé cuánto es una milla ni a qué equivale el cien por ciento del rendimiento

individual, pero entre todos conformamos un territorio que se extiende más allá de nuestro cuerpo. Más o menos eso intentaba decir y a nadie parecía inquietarle.

Aunque los días no paraban de estirarse, el tiempo no me alcanzaba. Mi jefa lo notó y me pidió que asistiera a unos talleres sobre manejo del tiempo y organización de tareas. Tuve que comprar Post-it, marcadores, un tablero acrílico y una agenda. La idea era que usara el método que considerara más conveniente para mi estilo de trabajo. Supuse que Érika me conocía un poco más que esos expertos en soluciones disruptivas y manejo del cambio —así se llama el área—, así que me quedé con la agenda y boté lo demás.

Felipe publicó un texto sobre una parte de nuestra infancia. Lo acompañó de una foto de las Torres Blancas. No recuerdo cuándo fue la última vez que pensé en esos edificios. Para mí son poco más que el lugar donde vivía Pedro Jiménez, un exjefe de mi mamá. Recuerdo al tipo porque yo solía acompañar a mi mamá al trabajo y él siempre estaba allí, hablando muy fuerte, sorbiendo una gripa antigua y orinando en las materas. No recuerdo el olor que debía poblar la oficina, pero me lo puedo imaginar. Quizá de ahí le viene a mi mamá el hábito de mantener abiertas las ventanas de su casa desde muy temprano y, en general, de abrir todas las ventanas que tenga cerca, aunque llueva o haga frío.

Felipe escribe en el texto que le gustan mucho esos edificios, sobre todo el ascensor, que es de los viejos: esos en los que uno puede ver y tocar cómo sube o baja el cajón. Aunque la foto tiene mucho mérito —Felipe la tomó desde Guadalupe y es posible apreciar los colores de las cortinas en cada ventana de las torres—, al verla siento que hay algo opresivo. Entiendo que personas que piensan como Ayn Rand consideran a los edificios altos de hormigón y cristal como símbolos del poder del hombre; eso lo extienden a los trenes, los aviones y las chimeneas de las fábricas. Aunque creo entender lo sugerente en la imagen, los edificios altos me parecen un abuso. Además, la mayoría son horribles. Precisamente, en la foto de Felipe las Torres Blancas parecen unas colmenas rectangulares, puntiagudas y sucias, que se extienden desmedidamente hacia arriba: son cajas de cemento, celdas.

Felipe también dice que mi mamá nos llevaba todos los sábados hasta el apartamento de Pedro para recoger a los dos hijos de él —Pedrito y Patricia—. De allí salíamos hacia Comfenalco, en Suba. Felipe recuerda que el viaje era largo y divertido y que los cuatro jugábamos y reíamos mucho. También dice que recordar lo ha puesto nostálgico, pues considera que esos tiempos eran mejores, más felices. La anotación me parece plañidera, sobre todo porque no puedo recordar nada de lo que él describe. ¿Cómo podría sentir algo si no recuerdo nada? Aunque algo sí siento: una vaga tristeza, porque creo que debería poder recordar esos tiempos que otros dicen que viví. Deberían ser míos. ¿No fue allí donde aprendí a nadar? Eso dijo mi mamá. Creo que al menos todavía recuerdo cómo no ahogarme.

Cuando pienso en mi memoria me imagino una línea curva. No conozco el inicio ni el final de la línea, pero sé que esos dos extremos no se tocan nunca. Quizá si la línea continuara extendiéndose los extremos se acercarían y alejarían sucesivamente, hasta formar un bucle. Al mirar de cerca la línea se puede ver que es una sucesión de puntos: la línea está fragmentada. Los fragmentos son recuerdos y olvidos. Lo que hay en medio de cada punto no lo conozco, pero supongo que también es memoria.

De camino a Sibundoy, luego de pasar el río Pepino, un carrotanque, probablemente cargado con gasolina, invadió nuestro carril. Sonia giró el timón hacia la derecha. El carro remontó brevemente la montaña hasta que se volcó. Lo que recuerdo lo veo en cámara lenta: el camión directo hacia nosotros, luego las ramas sobre las ventanas y el parabrisas; después vidrios, silencio y a mi mamá junto a mí, sobre el techo del carro. No sé cuánto tiempo pasó pero, cuando logré salir, algunas personas ya rodeaban el carro. Mi mamá salió después. Sonia y Mechas colgaban de los asientos: tuvimos que cortar los cinturones de seguridad para que pudieran salir.

Es difícil escapar de los lugares comunes para describir esto. Todo se siente lento y silencioso. El punto se prolonga y se hace más oscuro. A su alrededor, adelante y atrás en la línea, los espacios son más pequeños. El punto se estira, casi que puedo ver cómo se estira. En

cualquier momento se romperá. Pero, aunque se rompa, nada va a sonar. Es un instante sin tiempo.

A veces siento que transito por tinieblas similares a las que describe Cardoso Pires. Ese sentir el mundo como de paso y sin retener nada, relacionado con la pérdida de la memoria, lo experimento como un “desinterés desinteresado”: como un vacío de tiempo. Otras veces, sin embargo, siento una necesidad inmensa de recordar: quiero reconstruir, llenar, nombrar.

Sé que olvido, soy consciente de que hay algo que debería recordar. Algo se ha resbalado, hay un espacio en blanco en alguna parte. Lo sé, aunque no puedo estar seguro si es un olvido parcial o una construcción derruida. Una ruina.

En medio de la resaca, el alcohólico debe entregar su memoria a otros. Yo soy como ese alcohólico, aunque la memoria se me ha perdido antes de comenzar a beber. Los recuerdos y olvidos de otros son la selección y edición de los míos.

Un pensamiento caprichoso: las ventanas iluminadas de los edificios altos miran con ojos centelleantes. Miran pero no ven. Mi memoria olvida con esos mismos ojos ciegos.

Trabajé en una librería. Terminaba mi turno y la noche se me antojaba infame y violenta. Me sentía desdichado, aborrecía mi trabajo y todo lo relacionado con él. Creo que una parte de mi vida se perdió allí, entre libros cerrados y polvo. A veces pienso que eso le pasó a otra persona y sueño con mi sueño: tener una librería propia, perseverar y hacerlo bien esta vez.

Antes de que me despidieran tuve una compañera en la librería. Salíamos a la misma hora y ella solía acompañarme a tomar el bus a casa. Esos trayectos eran tortuosos para mí, así que procuraba hablar poco y caminar lo más rápido posible. Algunas veces, en medio de un

soliloquio que entonces me parecía maquinal, repulsivo, falsamente dichoso, mi compañera afirmaba que una casa cerca de la librería expelía un olor dulce que le recordaba otra vida, junto a su hija, su pareja y su biblioteca personal. El comentario me parecía zalamero, falso, robado de algún libro mediocre y entonces yo apretaba el paso.

Hace unos meses el olor de una planta me recordó dos lugares muy queridos. Al comentarlo con amigos que también frecuentaban esos mismos lugares, ninguno supo de qué hablaba. Se quedaron desconcertados, cuando no indiferentes. Sentí que me juzgaban con sus miradas. Yo solo deseaba repetir el pasado, hacerlo renacer entre nosotros: los ladrillos helados, las ráfagas de viento y el olor dulce, cálido, embriagante del manto de María. Ahora me parece que esos recuerdos son intrasmisibles, como el soliloquio de mi excompañera.

La parte que mejor recuerdo de mi vida ha pasado frente a un edificio en construcción. Poco a poco, las plantas fueron creciendo frente a nuestra ventana. El ruido nos hacía mirar y el polvo nos mantenía atentos a los cambios. Somos espectadores de esa construcción. Vanesa y yo solíamos sentarnos a mirar cómo avanzaba la obra: señalábamos los avances y discutíamos si los muros eran simétricos o si los marcos de las ventanas estaban torcidos. Supongo que pensábamos en nuestro apartamento y en lo que tuvimos que hacer para que lo torcido, roto y dañado no se notara tanto: para que una obra gris fuera un lugar habitable.

Desde hace un par de meses la obra está detenida: quien la mire por primera vez no sabrá si está a punto de terminar o a punto de caerse. Pensé que me alegraría, pero me gustaba mirar cómo cambiaba el edificio. Cada tanto venía un hombre mayor y merodeaba por la construcción, pasaba la mano por los muros, movía bultos de cemento: intentaba ordenar los escombros. A veces venía con una mujer y un par de hombres jóvenes. Luego de ver el estado de la construcción, se acomodaban sobre bultos o ladrillos para tomar cerveza. Sin embargo, nadie ha vuelto a la construcción: ni los obreros ni ese hombre que, imagino, es el dueño.

La obra quedó en un estado incierto. Varas de acero la atraviesan de lado a lado. Montones de materiales siguen ahí. En el último piso hay un muro sin terminar, demasiado alto para ser el muro de una terraza, pero muy bajo para ser una pared. El edificio ha cambiado

muchas veces de color, pasando del naranja de los ladrillos al gris del cemento. La fachada no se seca y le han surgido unos parches blancos, como si lentamente la invadiera algo vivo.

Elizabeth Bowen narra su infancia más remota en *Siete inviernos*. Allí describe el canal y los árboles junto a su casa, la luz que se colaba por la ventana de su habitación en las noches y hasta el color del cabello, la complexión física, la edad y el carácter caprichoso e infantil de una de sus nodrizas. Bowen contrasta lo que narra con su presente, con lo que le han contado y lo que cree saber. Se sitúa materialmente alrededor de su casa, el lugar de trabajo de su padre y los posibles caminos que tomaba junto a sus nodrizas. Sin embargo, no tiene forma de corroborar nada de eso, en su relato no hay una distinción entre el recuerdo, la imaginación y el sueño. Esos posibles recuerdos son tan antiguos, han estado tanto tiempo inmóviles, que parecen leños secos, más cercanos al olvido que a la vida.

Felipe recuerda el interior de las Torres Blancas, el viaje hasta Comfenalco, el modelo del carro de Pedro: recuerda muchas cosas que no reconozco. Sin embargo, creo entrever algo en medio de toda esa evocación ajena. Un parque con columpios en la parte de atrás de los edificios. Pedro y Patricia me piden que me ponga bajo el columpio, entre la tierra suelta. Soy menor, les hago caso: esa es mi iniciación. Voy a poder andar con ellos, así que obedezco. El columpio pasa sobre mi cara pero no cierro los ojos. Pedro y Patricia se ríen. El columpio se detiene y yo me quedé ahí. No sé si Felipe pasó por esa iniciación. Le podría preguntar, pero quizá no sepa de qué le hablo.

Se han multiplicado los pececillos de plata. Debo decidir si hacen parte del pequeño ecosistema de este apartamento o no.

En uno de los talleres de manejo del tiempo me sugirieron una asesoría personalizada: un *coach* de vida, algo más holístico, dijeron. La tallerista me puso en contacto con su *coach* y, antes de que pudiera decirle nada, me ofreció una sesión de diagnóstico gratuita. Resultó que la *coach* era Carolina, una compañera de trabajo. Nos reunimos por Zoom y le conté de qué iba el asunto: tenía problemas para cumplir con todas las tareas laborales. Para justificarme, dije que la carga había aumentado en los últimos meses y que, a lo mejor, el trabajo en casa me estaba afectando. Para Carolina este era un problema común; podría deberse a la procrastinación o a lo que llamó un desbalance vida/trabajo. En cualquier caso, lo mejor sería iniciar un proceso de transformación personal que me permitiera autoafirmarme y reconquistar mi vida.

Me molestó el tono general de la conversación. Para cambiar de tema, le mostré a Carolina la agenda que estaba empezando a usar, siguiendo la recomendación de los talleristas. Ella me mostró unas agendas que estaba ofreciendo y accedí a comprarle una. Antes de terminar la llamada, Carolina me pidió que pensara en las sesiones de *coaching* que me proponía. Según ella, en algún punto todos necesitamos ayuda para redescubrir nuestro propósito.

Cuando era pequeño acompañaba al trabajo a mi mamá. Allí comencé a escribir. Al menos eso me dice ella cada vez que me ve con un cuaderno en las manos. De hecho, tiene una hoja en la que intenté dibujar un bus: bajo las ventanas se adivina el nombre de la empresa transportadora; los pasajeros dialogan en bocadillos repletos de letras ilegibles. Esa puede ser una genealogía que explica lo que estoy haciendo, algo así como el relato en que el ahora cobra sentido a partir de lecturas y textos precoces. Mi Veracruz, mi buhardilla: el descubrimiento, la iluminación.

Sin embargo, no tengo nada de lo que pueda (falsamente) avergonzarme; no hay poemas o cuentos, escritos con ilusión y afán, a los que pueda adjetivar como pueriles o estériles. Lo que tengo son miles de correos electrónicos, de comunicados, de piezas publicitarias, de tareas y deberes. He redactado todo tipo de textos, la mayoría para obtener una nota; alguien los pidió y yo cumplí. Me parece ahora que todo ese esfuerzo ha sido para asegurarme un gesto benevolente, una leve inclinación de la cabeza, una palmada suave en la espalda.

La gratitud que experimenté al recibir aprobación por lo que hice se esfumó. Fui un buen alumno: me gustaba cumplir y algunas veces lo justificaba porque, después de todo, estaba escribiendo. Creo que ya no necesito serlo, creo que ya no lo soy. O quizá lo soy y también soy otro que obtiene reconocimiento por simular algo.

Me senté pensando en escribir sobre el bus que inventé cuando era pequeño, pero lo cierto es que no recuerdo nada y ese otro que también soy prefirió escribir todo lo anterior.

*De profundis* también podría llamarse “memorias de una desmemoria”. En medio de las tinieblas blancas de la afasia, Cardoso Pires dice que logró retener algunos recuerdos. Hay algunos muy vagos, de los que el autor no se siente seguro, mientras que hay uno al que le dedica una mayor extensión en el libro y al que vuelve con frecuencia. Se trata de un letrado que Cardoso Pires afirma haber visto en un pasillo del hospital y frente al cual se paró en más de una ocasión para intentar leerlo.

Cardoso Pires no sabía qué significaba lo que estaba viendo, pero afirma que algo resonaba en su interior: el lenguaje. Aunque él considera que ese es un “recuerdo objetivo”, tampoco puede asegurar que no es una invención posterior a su recuperación. En general, la descripción del significado del letrado y de él pensando en el letrado se confunde con la descripción caótica de un sueño. Sin embargo, la materialidad del letrado de servicio, de la misma palabra “servicio”, bastan para confirmar la objetividad del recuerdo de Cardoso Pires.

Si digo que hace poco comenzó mi vida es porque hace poco soy consciente de que tengo un pasado.

YouTube programa nuestros olvidos. Antes seguía canales de música, pero no volví a saber de ellos. Ahora me salen muchos videos de viajes en bicicleta. Ayer YouTube me sugirió el video de una pareja que intentó viajar de Bogotá a Medellín en bici. “Salió mal”, decía el título a modo de *clickbait*. Hacia el final del video descubrí que era cierto, salió mal: tuvieron un accidente saliendo de Honda y no pudieron continuar el viaje. Inmediatamente después se reprodujo un video de Ibon Zugasti: era la segunda etapa de Colina Triste en Burgos, una carrera por parejas. Faltando cinco kilómetros para llegar a la meta, Zugasti se cae. En el video no se ve la caída, pero sí a Zugasti siendo atendido por los médicos del evento, con la cara llena de sangre y sin entender lo que pasa.

Los videos difieren en su forma de narrar el accidente: en uno, lo describen de manera muy vívida, como un instante repleto de pequeños acontecimientos que desencadenan el final; en otro, como una nada atemporal de la que se dudaría si no se tuvieran las marcas en el cuerpo que la hacen existir. Sin embargo, en los dos videos se nota que, justo después del accidente, las personas caen en un estado de actividad inconsciente: se ponen de pie y siguen pedaleando, como intentando recobrar la cadencia del tiempo anterior al accidente. También me sorprendió que no recuerdan lo que sucedió justo después del accidente: qué hicieron ni cómo llegaron al hospital. El caso de Zugasti me parece increíble: el tipo terminó la carrera.

Cardoso Pires y Bowen parecen confiar en la materialidad de la palabra: lo que se nombra es lo que existe. Pero en ese pasado aparentemente recobrado hay tanto de recuerdo como de olvido y ficción. A veces creo que en el lenguaje está el engaño, que no todo lo que se puede decir se puede decir claramente. Otras veces creo que la mentira también está en las cosas y que de allí se transmite a las palabras.

Viví en el barrio La Roca por quince años. A mi mamá le gusta contar que compró ese apartamento por accidente: un taxista insistió en que el camino más corto hasta el barrio Girardot era pasando por Los Laches. Mi mamá no conocía la zona, así que no le dijo nada. Cuando

llegaron al pie de una roca gigantesca, el taxista le dijo a mi mamá que se bajara, porque él no sabía dónde estaba y prefería devolverse por donde había venido. Junto a esa roca estaba una sala de ventas de un proyecto inmobiliario: Ciudadela Parque La Roca. Mi mamá tomó el hallazgo como una señal y decidió comprar un apartamento. No tenía la plata, pero si se unía con sus hermanas a lo mejor lo conseguían entre todas. Apenas cabíamos en el apartamento, pero nos gustaba vivir allí. Entiendo que esto suena como una historia de trabajo duro y recompensa, pero lo es solo en parte.

Con el paso de los años, los apartamentos y las casas de la urbanización se agrietaron. En algunos casos, como en el nuestro, las grietas no eran profundas, pero en otros se formaron brechas por las que cabía una persona. Un grupo de abogados convenció a muchos de los afectados para que cesaran los pagos e iniciaran acciones legales en contra de la constructora. La mayoría perdió su apartamento o su casa. En la superficie, luego de las subastas y de la llegada de los nuevos dueños o inquilinos, las marcas de ese pasado desaparecieron, pero sé que para muchas de esas familias nunca se borrarán.

Nosotros no perdimos nuestra casa. Por alguna razón siento culpa. Mi mamá siempre pensó que era mejor terminar de pagar, tener algo aunque esté roto. El camino va poniendo todo en su lugar, dice mi mamá. Quizá yo heredé esa misma idea y, sin saberlo, repetí sus pasos al comprometerme a pagar este apartamento en el que Vanesa y yo vivimos.

Alguien me dijo que Salento olía a café. Tendría que volver para comparar lo que recuerdo: un olor acre, como de materia vegetal en descomposición. Sí se vende mucho café, aunque en realidad se vende mucho de todo. Precisamente, yo quería comprar unas tazas de peltre para tomar café. Supongo que como garantía de la calidad de las tazas, un vendedor me dijo que donde *los paras* le compraban todo el tiempo. Al oír las palabras del vendedor, Vanesa no daba crédito y trató de rectificar la información, pero el vendedor confirmó que sí, que “donde los paras”, un restaurante ubicado en una de las esquinas de la plaza central. Pagamos y seguimos caminando por el pueblo.

Más tarde buscamos el restaurante y nos tomamos un café ahí. No sé qué queríamos ver ni qué debíamos encontrar exactamente: era restaurante muy grande, estaba medio lleno y había una bandera de Colombia muy grande en la entrada.

Más pecillos de plata. Antes no lo había dicho, pero solía aplastarlos: los consideraba fuera de lugar, un indicador de suciedad. Todavía no estoy seguro de qué son.

Creo que yo, como Bowen, he despertado tardíamente al mundo. El pasado y el presente se diluyen por momentos. No se me ocurre otra forma más sencilla de llamar a esta sensación de estar vacío de pasado que abandono del mundo. Sin embargo, insisto en la probabilidad del recuerdo y espero: me quedo quieto, miro el agua quieta. Mientras aguardo, algo pasa, algo se mueve. Entonces escribo estas cosas. A veces las borro y otras veces las olvido. Pero el deseo que sentí en la espera, ese recuerdo, no desaparece ni se sacia.

Hablamos poco sobre el accidente después de regresar a casa. Todavía vivíamos juntos y quizá inconscientemente decidimos guardar fragmentos de los que nos pasó. A lo mejor nos decíamos que hay cosas que no es necesario decir, recuerdos que percibimos tan nítidos y fuertes que superan el olvido. Ahora me parece que todo el asunto fue transformándose en la narración de un viaje que acabó pronto. Nos gusta hablar de los retenes en el Patía, de cómo nos imaginábamos a Mocoa, del mal sabor del Pirarucú, de los colores del río Pepino o de la lluvia torrencial que impidió que saliéramos hacia Sibundoy el día anterior al accidente. Llegamos hasta ahí. Sonia pudo comprar otro carro con lo que le dio el seguro y lo estrenamos en otro viaje.

Me gustaría que habláramos sobre lo que nos pasó, preguntarles a ellas por lo que vieron: cómo lo vieron, qué sintieron. Siento que me acuerdo tan bien del accidente, que debió ser algo importante para todos. Supongo que, por sentirlo importante, el hecho debió de cambiarnos a todos. Pero no decimos nada. Es como si temiéramos borrar el recuerdo con palabras: como si pudiéramos perderlo entre los movimientos de la memoria.

De la oficina de mi mamá creo recordar varias cosas. Desde allí arriba se escuchaban las marchas pasando por la séptima. También se oía el McDonald's de la esquina. Las dos cosas me hacían desear: repetía las consignas, le pedía a mi mamá una cajita feliz. Allí también me entretenía con hojas, esferos, marcadores y máquinas de escribir. En esas máquinas imitaba a mi mamá: pasaba los dedos a toda velocidad por las teclas, esforzándome en hundirlas hasta el fondo para que la marca quedara sobre el papel o el rodillo. Creo que todavía uso el teclado de la misma forma, solamente con los dedos anulares.

También recuerdo un temblor. Las paredes se agrietaron y me parece verlas mientras se iban abriendo. Se parecían un poco a las paredes de nuestra casa: al borde del desgarramiento. El edificio sigue en pie en la Jiménez con séptima. Me dice mi mamá que el edificio se construyó torcido, pero luego arreglaron la estructura y por eso la inclinación no se nota. Cuando ella trabajó allá, la mayoría de las oficinas eran bodegas en las que se arrumaba el mobiliario de la Caja Agraria, en ese tiempo en disolución.

Tuvimos en casa un estante de esos que se cayeron durante el temblor. También un escritorio y una máquina de escribir electrónica que nunca usamos. Es posible que lo demás (los muebles e incluso las máquinas de escribir con los rodillos marcados por una escritura oculta e ilegible —y que quizá por eso sea la única escritura verdadera—) siga allí: en esa colmena torcida y rota.

Mis tíos vivían en el centro de Ibagué, en las Torres de los Periodistas. Ese fue un proyecto del Sindicato de Locutores del Tolima. Se suponía que los locutores sindicalizados podrían comprar un apartamento a un precio más bajo al del mercado. Sin embargo, el proyecto fue un desfalco: de los seis edificios proyectados inicialmente, solo se construyeron cuatro. Las personas que habían comprado los apartamentos de los últimos edificios nunca recuperaron el dinero invertido. En el lugar donde debían estar las dos últimas torres se construyó un parqueadero.

Rafael compró uno de los apartamentos del quinto piso de la cuarta torre. En ese punto el proyecto había sido abandonado y los apartamentos de los pisos superiores no estaban terminados. Por mucho tiempo se les dijo a los dueños que las obras estaban retrasadas, que les entregarían en poco tiempo. Mientras tanto, algunos de los apartamentos habían sido ocupados por personas que pasaban allí la noche. Ese era un espacio en disputa alrededor del abandono.

Los apartamentos no contaban con servicios públicos, así que los ocupantes encendían hogueras en los espacios interiores. Cuenta mi tía que la primera vez que entró a su apartamento no podía creer lo que vio: paredes negras por el hollín; paredes sin ventanas; marcos sin puertas; un piso por el que no se podía caminar. Y cenizas: papel, madera, gasolina y basura. Nada de eso se aparece a lo que viví en las muchas vacaciones que pasé allí.

Me parece ahora que ese lugar fue una de las primeras experiencias que asocio con la opulencia. Todo me parecía increíble: un parque para niños, plantas, portería, citófonos; todo limpio, blanco, sin grietas. Hoy sé que no tenía nada de opulento, pero supongo que en ese momento no podía evitar compararlo con nuestro apartamento pequeño, frío, desgarrado.

He leído que los pececillos de plata viven en lugares húmedos y oscuros o entre libros y papeles. Sigo pensando que su presencia indica que algo está fuera de lugar.

*No me acuerdo de cómo fue nacer/Pero me acuerdo de otras cosas.* Son unos versos de Robin Myers. Supongo que nadie o casi nadie recuerda su nacimiento. En mi caso, no recuerdo cómo

fue nacer y las otras cosas son más bien pocas. Recuerdo, eso sí, que cuando era muy pequeño los dedos de mi mano izquierda quedaron atrapados entre un carro de madera y un poste también de madera. Estaba con una de mis tías y su novio en el parque. Él empujó el carro, no se fijó en mis manos agarradas a los bordes. Me llevaron a urgencias y reconstruyeron uno de los dedos que fue cercenado por el golpe.

Una parte de esto lo recuerdo porque me lo contaron. Supongo que en algún punto miré mi mano y le pregunté a mi mamá por lo que había pasado: por qué uno de mis dedos se ve tan raro, por qué la uña del dedo corazón es tan oscura. Ahora, cuando pienso en eso, lo veo: mi mano en el carro y todo lo demás. Lo mismo me pasa con una cicatriz que tengo en la frente: intentando alcanzar a mis primos, que subían corriendo las escaleras de la Concha Acústica en Ibagué, me resbalé y me golpeé la cabeza. Mi tía Clara narra esto y dice que yo le decía “ya tía, no pasa nada”, mientras me escurría sangre por la cara.

Me acuerdo de estas cosas. Creo que las marcas impiden que las olvide o, mejor dicho, que olvide lo que los demás me cuentan y lo que siento al recordarlo. Cada vez que alguien se percata de mi uña morada o de la alcancía en la frente, le cuento lo que sé.

En la agenda que le compré a Carolina no solo se anotan las tareas, prioridades y citas diarias; además, tiene espacios para que me diga cuánta agua tomé, si hice ejercicio, qué comí durante el día y cuál fue mi motivación. Todas las páginas tienen una inscripción que me recuerda que “mañana es tarde para cambiar”. Intenté llenarla, pero a duras penas lograba diligenciar la mitad de los campos de cada página. A veces me descubría mirando por la ventana o buscando videos en YouTube. Supongo que no está mal comer más verduras y hacer más ejercicio, aunque no lo escriba en la agenda.

Vanesa se fue a Villavicencio. Me pidió que la acompañara, pero le dije que sería descuidar demasiado el trabajo y en este momento no nos lo podíamos permitir. Supongo que no me creyó,

como no me creen cada vez que saco una excusa para evitar decir que no quiero hacer algo. Quizá, si dijera que no quiero —que no tengo razón para no querer, salvo una sensación profunda de fastidio por tener que hacer algo que no quiero hacer— me sentiría mejor conmigo mismo y evitaría la culpa que, más temprano o más tarde, llega sin falta.

Me despedí de Vanesa y me eché en la cama. El accidente parecía grave y probablemente ella estaría lejos por mucho tiempo. Empecé a pensar que es difícil reconocer los comienzos y los finales. Quizá solo comprendemos las cosas cuando se acaban y ahí está la diferencia. He estado pensando en eso desde que Vanesa se fue. No sé si este es un final o un comienzo, pero estoy seguro de que será un tiempo sin tiempo: sin sentido de la proporción.

Encontré *El árbol* en la parte de atrás de una librería de viejo. Lo tomé de entre una pila de libros sin organizar, atraído por la editorial. El asunto parece una experiencia libresca, repetida muchas veces. Sin embargo, pasó como he dicho: el libro fue un hallazgo similar a otros tantos que se dan en las librerías de viejo. Cuando abrí el libro, me gustó la brevedad de los textos. Ahora que los he leído, poco puedo decir salvo que encontré un recuerdo mío en uno de ellos: se parece tanto que acabé recordando eso mismo.

No sabía quién era Sławomir Mrozek. Me llamó la atención en su biografía que, luego de un infarto, sufrió de afasia por tres años. Luego de eso, Mrozek escribió su autobiografía. Allí narra cómo vivió la privación del lenguaje y cómo se recuperó. Me gustaría leer ese libro, compararlo con el de Cardoso Pires, para saber cómo es esa experiencia de no ser ni uno ni otro. Pero no hay huellas del libro. Supuestamente fue publicado en francés, pero no conozco ese idioma. Aun así, me preparo para ese hallazgo.

Esta noche volví a escuchar el taladro neumático que arremetía desde hacía semanas contra una superficie sólida. Por un tiempo pensé que construían otro edificio, pero ¿por qué en la noche? Alguna vez, en medio del insomnio, lo discutimos con Vanesa y concluimos que no tenía sentido

construir un edificio en la noche. También fantaseé con que hacían un túnel o un pasadizo para ocultar algo ilegal. Sin embargo, lo más probable es que intentaran reparar la calle que, hasta donde recuerdo, estaba intacta la última vez que la vi. Entiendo que hace mucho que no salgo por decisión propia: el mundo se me ha encogido.

Cada vez que recuerdo algo, pequeños momentos que colgaban o yacían apretados unos sobre otros van cayendo. Pasé muchos fines de año en Ibagué. Allá siempre había fiesta, por lo menos hasta que Rafael enfermó y dejó de beber. Después se acabó la pólvora y la música. Las noches se hicieron más cortas. Eso coincidió con la compra de una casa y el trasteo de la familia. Rafael debía cuidarse: comer mejor, dejar el alcohol y no hacer ningún esfuerzo. Vivían en un quinto piso, sin ascensor, y a Rafael le recomendaron no subir escaleras.

En lo que imagino como una de sus últimas noches de borrachera, Rafael derramó el contenido de varias botellas de champaña en las paredes y el techo del apartamento. Aunque intentaba apuntarnos a nosotros, el año nuevo lo encontró demasiado ebrio para dar en el blanco. Todos éramos todo. Personas, camas, cuadros, paredes: una sola cosa. Veo esto como si se tratara de un falso documental: yo —nosotros— detrás de Rafael, viendo cómo arruinaba el apartamento, sin mover un dedo para detenerlo. En un plano cerrado, las reproducciones de Guayasamín, empapadas.

Mi mamá no puede levantar bien uno de sus brazos. Luego de que el carro se volcara, ella y yo caímos sobre el techo. Además de chichones y heridas superficiales, se golpeó el hombro izquierdo. Ese golpe nunca sanó bien y ahora tiene un pequeño turupe cerca de hombro. A veces no puedo evitarlo y la toco allí. Lo hago porque inmediatamente ella me mira y, sin pronunciar una palabra, entiendo que le duele y que el dolor la hace recordar. No me dice nada. Quisiera que me dijera algo más.

A veces creo que mi falta de memoria es el resultado de una actitud ante el mundo. Cuando digo que siento el olvido del mundo, realmente quiero decir que me he quedado sentado a la ribera de la vida, viendo cómo todo va pasando, y viéndome a mí, esperando a que algo de eso me obligue a levantarme. Sería más interesante pensar que mientras estuve sentado en la ribera fijé la mirada en algo, pero no es así. Me puse al margen y alimenté pocas ilusiones mientras esperaba. Supongo que una de ellas era que los márgenes son interesantes y que, por lo tanto, yo era interesante por estar al margen.

Evidentemente, recuerdo cosas, quizá las suficientes como para llenar un cuaderno con meacuerdos. Sin embargo, pocas cosas siento tan cercanas como el olvido del mundo. Me parece que he pasado por la vida sintiéndola apenas. Escucho a los demás, a todos aquellos que han compartido su vida conmigo y no me reconozco en sus recuerdos. A veces dudo: ¿eso fue así? ¿Estuve realmente allí? Siento que mienten, pero poco puedo hacer para desmentirlos: he estado dormido, he vivido una vida sin pulso, no recuerdo nada.

Memoria tengo. Escribo y leo esto que tengo frente a mí, sé cómo me llamo, entiendo que el rostro de mi madre cambia cada vez que lo veo. En suma, he aceptado un ciclo de sueños y obligaciones, obligaciones y sueños: entre lunes y viernes debo pasar diez horas diarias sentado frente a un computador para recibir un pago con el que podré seguir trabajando, viendo el rostro de mi madre y leyendo y escribiendo esto que se va desdoblado frente a mí. Aun así, tengo la sensación de que secciones enteras de mi pasado se han perdido e imagino cada cierto tiempo que mi memoria se va angostando hasta dejarme únicamente un presente único, un instante eterno: una vida que, supongo, se parece a la muerte o al bardo de los budistas, una zona liminar, una grieta por la que cabe un hombre.

El taladro sigue sonando en la noche. Quizá, sugestionado por eso, soñé esto: vi mi cuerpo tendido boca arriba, sobre la cama sin tender. En el sueño estoy despierto, mirando el techo y a mí mismo. Un túnel comienza a formarse en mi estómago. Aunque la habitación es clara, no puedo ver qué le pasa a mi cuerpo. Siento lo que pasa, pero no me muevo. Sigo boca arriba y

veo unas luces caer por un pozo ubicado en lo que solía ser mi estómago. El túnel parece desbordar mi cuerpo y extenderse sobre la cama. Las luces siguen cayendo y su luz me permite ver las paredes curvas del túnel: divisiones unidas por cemento que se sale y ensucia la superficie. De repente, la habitación comienza a ser succionada por el hueco. Veo a Vanesa a mi lado: sigue dormida y, poco a poco, es arrastrada hacia el pozo sin bordes.

Todo se me hace solemne, desde tender la cama hasta dormir. Sé que este sueño puede tener una interpretación diferente, pero para mí es otra forma más de pensar la espera: algo así como una nostalgia por lo que todavía no ha sido. Vamos en caída libre hacia lo porvenir.

Después de llegar del colegio salíamos a jugar. Todas trabajaban, así que debíamos aprovechar el tiempo antes de que regresaran. Ellas lo sabían, así que, sin darnos permiso explícitamente, de vez en cuando nos recordaban que no era buena idea pasar al barrio de arriba, el Cartagena. Se decía que ese barrio era peligroso y algunos vecinos decidieron instalar una barrera de lata. Nadie dijo nada y todos aceptamos que para salir por ese lado debíamos abrir una puerta de chapas con un marco de madera.

Para nuestros vecinos del Cartagena eso fue intolerable y una noche se llevaron la barrera. Ahora solo nos separaba una calle angosta. Sin embargo, sin las latas vivíamos más lejos. Creo que eso lo sentíamos todos. Felipe y yo, junto a los demás niños que vivían por ahí, preferíamos bajar por la vía principal hasta la roca que le da nombre al barrio. Luego debíamos remontar las calles empinadas hasta nuestras casas, pero esa roca era lo más interesante que había; no nos importaba el esfuerzo, ese era nuestro parque.

La roca se fue cayendo hasta convertirse en una piedra grande. Para muchas personas eso fue una evidencia de lo que le pasaría al barrio: vivíamos en una loma, una gran roca que se estaba cayendo. Aunque ninguna casa se cayó, la mayoría tiene grietas y algunas son inhabitables. Ahora que mi mamá quiere vender su apartamento y mudarse a un sitio menos frío, más seguro, con mejor transporte, nos damos cuenta de que no importa si las grietas son anchas o angostas: nadie quiere vivir entre paredes abiertas.

Cuando estoy solo me parece que el tiempo es siempre igual. Miro por la ventana y veo los edificios en construcción: los edificios se amontonan como el tiempo.

Alberto nos propone un ejercicio de escritura. Para soltar la mano, dice. Nos muestra una foto: se ve a un carro de carreras volando sobre una pista y otros carros de carreras. Pide que redactemos lo que realmente podría haber sentido o pensado el piloto en los instantes previos al accidente. Luego aclara: recuerden que no es verdad que en los momentos de grave peligro el tiempo se detenga o se perciba en cámara lenta. No sé qué escribir, así que bromeo: un par de groserías, quizá. Alberto dice que ese es un ejemplo de algo que sucede rapidísimo en el cerebro, intentando ser gentil. Estoy confundido. El accidente pasa rápido y no lento, ¿acaso el tiempo está en el cerebro?

Es difícil desprenderse de la experiencia, sobre todo por aquello de “realmente”. Me parece que esos momentos de “grave peligro” son irrepetibles. El tiempo pasa todo el tiempo, pero no pasa siempre igual. Nuestros medios son pobres para describirlo. Sin embargo, la conciencia de la propia muerte —que no es otra cosa que la conciencia del tiempo— entraña una relación única con el tiempo. Solo esa experiencia logra romper la disciplina de la espera: el desarreglo entre la presencia y la ausencia, lo imaginario y lo concreto.

En cuanto a la disciplina del ejercicio... supongo que solté la mano.

Cuando me despidieron de la librería perdí toda noción de un norte. Ese había sido un pequeño sueño y terminó siendo una gran desilusión. De cualquier forma, siempre falta tiempo, incluso para lamentarse, así que tuve que buscar un trabajo cuanto antes. Encontré un empleo como tallerista de la jornada complementaria de los colegios de Cundinamarca. Debíamos visitar un colegio y, durante una semana, proponer un pequeño taller para motivar a los niños a escribir, leer y hablar sobre sus experiencias. El trabajo con los niños era muy bueno y casi que hacía

más soportable la pésima paga que se nos daba. En las noches los talleristas nos reuníamos para comer, tomar algo o ir a bailar.

De esos viajes recuerdo la niebla de La Palma. Esa niebla también la he visto subiendo hacia Bogotá, desde La Mesa, y en Salento: blanca, cálida, espesa, caliginosa. El colegio que visitamos queda lejos del municipio y es difícil llegar. Nos recibieron las monjas que administraban el colegio y, al ver a Fabio, le pidieron a nuestra coordinadora que lo hiciera cambiarse de ropa: él iba en pantaloneta y con una esqueleto. Después de un rato, Fabio pudo entrar al colegio con un chaleco que nos servía para identificarnos pero que nos hacía sudar cuando subía el calor. A mitad de semana, en medio del taller, uno de los estudiantes le dijo a Fabio que era un maricón. Él le contestó al niño que no fuera payaso y el niño lo acusó por maltrato. Al final, Fabio terminó trabajando desde Bogotá, organizando el material de los talleres.

De Guaduas recuerdo el museo de la Pola, en el que lo más interesante está en el patio: ahí pusieron —o tiraron— las cosas viejas que no sabían dónde poner. También recuerdo que una noche nos devolvieron al hotel mientras intentábamos comprar unas cervezas. Habíamos entrado a una tienda con las luces encendidas y la puerta entreabierta. Una vez adentro, nos encontramos con un grupo de hombres reunidos, bebiendo y jugando parkes. Al pagar, el tendero nos dijo que no era bueno que anduviéramos de noche por el pueblo y que nos aconsejaba que nos tomáramos las cervezas en el hotel.

Algo similar nos sucedió en Puerto Salgar. Durante el día el calor es muy intenso y no se mueve una hoja. En la noche el clima es agradable y en las calles venden comidas deliciosas y jugos fríos, generosos. También hay un par de discotecas. Pasamos tres semanas en el pueblo. El jueves de la tercera semana decidimos ir a bailar. El sitio al que entramos estaba pintado de negro y rojo, con espejos por todos lados y unos bancos abullonados que te asaban el culo. Un grupo de hombres invitó a bailar insistentemente a nuestras compañeras. Ellas accedieron, pero se fastidiaron muy rápido porque los tipos bailaban muy pegado. Luego otro grupo envió una botella de aguardiente a nuestra mesa: para las muchachas, dijeron. El ambiente se puso tenso. Había muy poco espacio. Los bandos de pretendientes discuten, a nosotros no nos determinan. Alguien sugiere que salgamos lentamente. Huimos con total discreción. Al otro día regresamos a Bogotá.

El día es como una sombra: camino hacia ella. Con cada paso me voy olvidando de mí. Cuando alguien me pregunta cómo estoy, no sé qué contestar, así que siempre respondo lo mismo: bien. Algunas veces no alcanzo a contestar. Es temprano, aún no entro en mi papel y mi interlocutor ya ha entrado en materia. Hacia el mediodía estoy listo. He escrito tantas veces frases como “gusto saludarte” o “quedo atento” que ni siquiera tengo problemas en incluir uno que otro saludo caluroso o un agradecimiento sincero. Al final de la tarde soy más efectivo y eficiente. Me preparo para volver, aunque me parece que todos son queridos o apreciados. Nadie me lo pide, pero me quedo un rato más, hasta que se hace de noche. Como algo. Solo me resta dormir: soñar y olvidar.

Luego de que me robaran la bicicleta a una cuadra de mi casa, comencé a tomar un bus que me dejaba a un par de cuadras del trabajo. Siempre llevaba audífonos y a veces intentaba leer, pero si iba sentado no pasaban más de diez minutos antes de que me durmiera. Era un sueño pesado, viscoso, del que no me podía desprender. A veces me despertaba luego de golpearme la cabeza con la ventana. Miraba a mi alrededor sin reconocer dónde estaba ni cuánto tiempo había pasado. Sentía que todos me miraban, quizá para averiguar si me había hecho daño o saber si iba a dejar libre el asiento.

Me despertaba sudoroso, como si hubiera dormido horas. No llevaba reloj, el celular me lo habían robado junto a la bicicleta: no tenía idea de cuánto tiempo había dormido. El bus parecía siempre el mismo: atestado, bochornoso, hermético, nunca una ventana abierta.

A veces pienso que nunca me bajé de ese bus. Sigo deambulando por la ciudad, al borde del sueño. No entiendo qué pasa ni cómo bajarme. ¿He estado durmiendo todo este tiempo?

No sé si son los pececillos de plata o los libros sin leer que se acumulan por el apartamento lo que está fuera de lugar.

Hace un año murió Rafael. Intento no mirar a nadie, pero no cierro los ojos. Afuera veo el pasto tragarse los juegos de un parque infantil. Hay una pequeña colina y parece que nosotros también nos hundimos bajo el pasto y la tierra. El cura dice cosas y los demás repiten o contestan, mueven las manos, se paran y se sientan. Estrecho manos, me paro y me siento cuando los demás lo hacen. Las demás instrucciones las he olvidado, si es que alguna vez las conocí. De niño le pedí a mi mamá que me bautizara, porque en el colegio nos habían dicho que era algo importante. Ella me contestó que habría tiempo para eso cuando yo fuera mayor. Siento que el cura me mira: estoy cansado y me gustaría quedarme quieto. Debería al menos mover la boca, para simular, pero no tengo ganas. No quiero repetir nada más. Quisiera no escuchar, pero esta iglesia es un hueco y el lenguaje retumba.

Pasan con el saquito de las limosnas y miro para otro lado. Un perro camina entre el pasto y apenas si se le ve el lomo. Nadie vio morir a Rafael. Nadie vio su cuerpo. Hay una urna frente a mí: es lo que queda. La primera vez que vi la muerte era muy pequeño. Me acerqué al ataúd: unos labios maquillados, cocidos con un hilo grueso. El color del pintalabios no lo recuerdo, es de todos los colores. En cambio, el hilo es negro, inconfundible. La boca era el hilo.

Mi primer recuerdo de la muerte es una boca cerrada. Y quizá eso es morir: cerrar la boca —o que te la cierren— y nunca volver a abrirla.

Alguien me dijo que he tenido demasiados trabajos. Me lo dijo con incredulidad, como si hubiera inventado algunos para hacerme el interesante. He trabajado en donde he podido. Me han quedado pocas amistades y la sensación de ir tras una serie de necesidades y deseos que me tienen en el punto en el que estoy: un trabajo que me importa poco y al que llegué por accidente. No sé si hay algo interesante en eso. Uno de los primeros trabajos que tuve fue como paseador de perros. No tengo mucho que contar: vivía cansado, pues debía salir de clase, recoger a los perros y buscar qué hacer durante cuatro o más horas antes de llevar a los perros de vuelta a su casa.

Solía ir al Parque de la Independencia y sentarme a ver jugar a los perros. En ese parque se fumaba de todo y cada tanto alguien se detenía a mi lado para preguntarme si yo daba fuego.

Las primeras veces les ofrecí mi encendedor. Más tarde entendí que eso no era lo que me pedían. A lo mejor era el pelo largo o el hecho de estar sentado en la banca de un parque, como esperando algo o a alguien, porque todos los días me preguntaban lo mismo. Cuando les decía que no, la mayoría seguía su camino, aunque otros consumían ahí mismo lo que les quedaba. No me acostumbraba al olor dulzón y picante del bazuco, así que decidí buscar otra forma de dejar correr las horas junto a los perros.

Caminando por el Bosque Izquierdo encontré un jardín. Al otro lado de una reja vi unos perros corretear entre bancas de piedra y un par de árboles viejos. Me disponía a seguir caminando, pero algunas personas salieron del jardín junto a sus perros: quitaron el pasador, movieron un candado abierto y luego dejaron todo como estaba. Hice lo mismo que ellos y entré. El olor a orines era impresionante, pero en eso no era distinto a los parques y las calles de la ciudad; en general, estaba limpio, sin mierda de perro, sin basura: eso sí era una diferencia. El jardín quedaba en la parte trasera de una casona y daba a la calle de abajo. Toda la superficie estaba inclinada y terminaba abruptamente, así que debía tener cuidado con que los palos o las pelotas no se fueran cuesta abajo. Los árboles viejos le daban sombra al jardín durante el día, creando un clima helado en los días nublados.

Al entrar al jardín sentía que llegaba a otro mundo. El silencio era inigualable. Comencé a llevar las lecturas que debía tener preparadas para las clases. Me sentaba en una de las sillas de piedra y sacaba los marcadores y el esfero. No volví a atrasarme con las lecturas. También llegaba de mejor ánimo en la noche, con menos hambre y poco sueño. El jardín fue un descubrimiento fantástico, casi como una herramienta indispensable para hacer ese trabajo.

Después de graduarme pasé nuevamente frente al jardín. Todo se veía más o menos igual, aunque la casona parecía recién pintada y se percibía nueva vida en su interior. Esta vez la reja estaba cerrada con un candado gigante. Varios perros se acercaron y me ladraron, furiosos. Supongo que el jardín volvió a ser privado, exclusivo para los animales de la casa.

He tenido múltiples oficios —luego de eso trabajé en una estación de servicio, en un restaurante, en una tienda, en un colegio, en una librería y luego en otra y después en muchos otros lugares—, los necesarios para comer y sostenerme. No había pensado en ese año en que fui paseador de perros, todas las tardes de lunes a viernes, hasta que leí “El jardín”, de Mrožek.

Sentí que leía un recuerdo mío, uno que había olvidado y que, por alguna razón, alguien narraba con fidelidad.

Escribo sobre lo que he olvidado. Escribo que recuerdo que he olvidado. Deseo soñar y escribo el olvido de lo que he soñado.

Los bomberos llegaron en una camioneta vieja y destartalada para llevar a mi mamá y a Mechas al hospital de Mocoa. Sonia y yo nos quedamos esperando a la policía. El tiempo siguió estirándose hasta que llegó la grúa: un camión muy antiguo al que le habían adaptado un gancho donde antes seguramente tenía un platón. El camión no podía llevarnos a Mocoa y tuvimos que esperar al borde de la vía a que alguien nos llevara. Tomamos la primera flota que paró y hacia el final de la tarde ya estábamos intentado entrar al hospital. Creo que lo único que nos dijimos en todo ese tiempo fue que tendríamos que pagar una o dos noches más de hotel.

El seguro envió un remolcador para llevar el carro hasta Bogotá. Sonia y yo nos fuimos en la cabina. El conductor nos invitó el desayuno: una trucha deliciosa —he intentado probar algo similar, pero es imposible: nada derrota al recuerdo—. Por el camino nos contó varias historias e insistió en que habíamos sido muy afortunados porque en esa vía los accidentes son frecuentes, generalmente con heridos de gravedad o muertos: de los campos petroleros ubicados después de Mocoa salen camiones demasiado grandes para una vía tan angosta como esa.

Ese viaje duró diecisiete horas o más. No recuerdo haber hablado de nada en concreto con Sonia. Nunca le di las gracias.

Sentirse atrapado en un bus que viaja a toda velocidad, en medio de una nada sin paisaje ni carretera, sin dirección, es para mí una verdad luminosa, aunque irremediabilmente comunicable.

Es mi primera vez acá. No sé qué debería hacer. Miro a los demás mirar al suelo o hacia el horizonte. Parece que esperan algo: parece que llevan esperando toda la vida. Con esa misma disciplina se mantienen de pie, bajo el sol, sin buscar la sombra. No se mueven. Veo que algunas personas hablan, pero no las escucho. No hay viento, solo silencio y calor. Busco la mirada de mi mamá o de mis tías y no la encuentro. El sudor me cae en los ojos, veo como si estuviera llorando. Aunque no lloro, no sé si alguien llora. Intento acercarme a un árbol, pero parece que acá es imposible la sombra. Solo hay calor y polvo.

Un cura llega y se acomoda bajo un árbol. Grupos de personas lo siguen, se acomodan a su alrededor. El cura dice lo suyo, no tarda mucho. Luego se va. Muy pocos se quedan, nosotros nos quedamos. Ellas quieren caminar un poco: hablar y nombrar. Nos cuentan cómo se veía todo antes, construyen una cartografía imaginada: allá se alcanza a ver la iglesia, por acá quedaba el cine; por allá era el colegio y la tienda de su abuelo. Todo eso está ausente, pero todo es cierto. Ellas están acá para volver a ver. Todo sigue ahí.

Ya he escuchado estas historias, pero ahora, en medio de este paisaje, frente a esa montaña tan alta y lejana, entiendo que no sé nada. Esas memorias no son mías. No puedo ver nada. Solo pienso en el calor, deseo la sombra. Ellas siguen caminando sobre el suelo hirviendo: recorren un mundo que no se ve.

Sueño con versiones del apartamento en el que vivo. En todas sé dónde estoy, aunque desconozca el lugar. Cada sueño es un reconocimiento de algo que creía conocer. La última vez soñé que este apartamento era una bodega. Las cosas de la casa estaban acomodadas en estanterías muy altas que se veían a lo lejos; me era difícil reconocer qué estaba acomodado en

ellas, aunque podía ver que estaban llenas. Las ventanas iban del techo al suelo y estaban cubiertas por velos blancos que imitaban el movimiento del aire. Esto último me hace pensar que el apartamento quedaba en un piso alto, pero eso me parece ahora, intentando volver a ver.

El lugar era gigante, mis tías y mi mamá nos echaban una mano para organizarlo. En las estanterías de la cocina había de todo, estaban llenas. Era necesario usar una escalera para llegar a las baldas superiores. Una vez termináramos de organizar y limpiar la cocina, habríamos terminado. Mi mamá organizaba la parte alta de los estantes y encontraba una cucaracha. Sin alterarse, la toma con la mano y la arroja al suelo, cerca de mí. La cucaracha es pequeña, no sé si joven. Sin pensármelo mucho, tomo mi zapato y la aplasto. Luego continúo con lo que estaba haciendo. Mientras tanto, mi mamá me dice sin mirarme que las cucarachas son un problema: mala suerte.

Vuelvo a mirar al piso, donde antes estaba la cucaracha: ahora hay dos. Las aplasté. Es fácil, son lentas. Escanean el lugar con sus antenas y no parece importarles la inminencia de su muerte. Entre una mirada y otra aparece el mismo número de cucarachas que acabo de aplastar, más una y otra. Las sigo aplastando, pierdo la cuenta, son demasiadas. Es mi responsabilidad, así lo siento. Sin embargo, repito en voz alta, para nadie, quizá para mí: “sí, tenemos mala suerte”.

La abuela de Christian murió hoy. Él me lo contó durante una reunión, luego de darme un informe detallado sobre sus actividades. Nunca me imaginé en una situación como esta. Supuse que primero debía brindarle la información para solicitar una licencia. Después quise compartir con él algo más que un par de frases hechas, así que le hablé sobre la muerte de mi tío y los días posteriores al funeral. Quizá no he comprendido el significado que esa muerte tiene para mí, por eso hablo de ello cada vez que puedo.

Algo le habré dicho, tal vez me mostré demasiado grave, porque Christian me aclaró que para él la muerte de su abuela no era un acontecimiento triste o, más bien, lo era principalmente porque su mamá y sus tías sufrirían por ello. Su abuela había vivido mucho, noventa y dos años,

y por eso él consideraba que esa muerte no era tan dolorosa. Tampoco es que se haya muerto mi mamá, ahí la cosa sería diferente, dijo.

Pensé en mi mamá: ella tiene más del doble de mi edad. Supongo que algunas muertes son la preparación para muertes futuras. Quizá todas las muertes lo son. Ese es al menos el sentido que le asignamos a algo que no tiene ningún sentido.

Creo que recuerdo poco. Quizá por eso pienso que algunas de las cosas que me cuentan son fantasía. Justamente eso pensaba del siguiente recuerdo de mi mamá: mi abuelo arrendó una casa, pero el día del trasteo el dueño no estaba para recibirlo y mi abuelo no tenía las llaves. Así pues, mis abuelos y sus cinco hijas estaban frente a una casa vacía, con todo el trasteo en un camión y sin saber qué hacer. Sin embargo, mi abuelo se enteró de que pasando la calle quedaba un inquilinato y decidió alquilar dos piezas: una para el trasteo, otra para las camas.

El dueño del inquilinato les mostró el lugar. En el primer piso quedaba el baño comunal, así como algunas piezas: en unas vivían hombres solos, otras servían como corrales para pollos. Rastros de humedad cubrían la parte baja de las paredes y el olor a gallinaza era muy fuerte. No pudieron subir a los pisos superiores porque los perros que recorrían la casa les ladraban apenas se acercaban a las escaleras. Al finalizar el recorrido, el dueño les sugirió que tomaran turnos para bañarse: si se bañaba uno cada día, podrían hacerlo al menos una vez a la semana. No pensaban quedarse tanto como para que eso fuera un problema.

Mi abuelo salía a trabajar en la mañana y las seis se quedaban solas, sentadas sobre las camas tendidas, pues no había espacio para caminar por la pieza. Tampoco deseaban salir porque los ladridos de los perros y la mirada de los hombres que vivían en la casa las intimidaban. Pasaban los días mirando por la ventana, hacia la casa vacía y cerrada al otro lado de la calle. Los días trascurrían iguales. Quizá fueron semanas o meses: mi mamá no lo recuerda. Una mañana, mi abuelo les avisó que ya podían mudarse a la casa de enfrente.

Casi que había olvidado ese recuerdo, hasta que dos de mis tías contaron algo idéntico durante una reunión familiar. Ahora creo entender que lo que consideraba fantástico por ser falso, es fantástico precisamente por ser real.

Rafael murió hace más de un año. Cuando mi tía se lo cuenta a alguien, dice que fue recientemente. Recientemente puede ser todo el tiempo.

Mi mamá y mis tías dicen a cada rato que Felipe se parece al abuelo. Siento que lo que dicen como si acariciaran una sombra. Felipe agacha la cabeza o mira para otro lado. A veces se acercan y le pasan la mano por el pelo. Intentan confirmar con las manos aquello que reconocen. Es increíble, dicen: la altura, el bigote, hasta tiembla un poco al escribir. Felipe es lampiño, amante del aguardiente y de las peleas, como el abuelo. Eso no se lo dicen a él: simplemente lo repiten, sobre todo cuando Felipe no aparece o llega golpeado.

No debe ser fácil vivir bajo esa mirada: ellas lo ven a él y a otro. Él también debe verse doble, sin poder reconocer a ese otro que no es el mismo. Eso nos pasa a todos, hasta que nos volvemos otros. Supongo que por eso él ha preferido que lo llamemos Felipe: Miguel Mora es el otro, el único abuelo que él y yo conocemos.

Cuando Cristian regresó de la licencia, me contó que su abuela había sido enterrada a las afueras de Cajicá. Ese terreno lo compró su familia y decidieron llevar el cuerpo allá. Él tuvo que encargarse de los trámites para trasladar el cuerpo porque nadie más lo quiso hacer. También cargó el ataúd. Habría preferido no hacerlo, pero en mi familia somos muy poquitos y la mayoría son mujeres, me dijo. Me contó muchas cosas. No sé si creía que era necesario devolverme las palabras que le dije el día de la muerte de su abuela.

Como lo sentí alegre, le pregunté por su mamá y por cómo lo estaba tomando él: —Mi mamá, ahí va. Yo estoy contento porque mi abuela quedó en un lugar bonito —respondió.

Las mujeres de mi familia comparten una memoria alegre, alejada de la melancolía. Me gusta imaginarla como una red, una identidad plural: solo palabras. Quizá inconscientemente ellas han compartido con mis primos y conmigo esos recuerdos para conformar un archivo vivo, en reconstrucción permanente. Nada está escrito: su fortaleza es la repetición. Precisamente, esa fortaleza me hace consciente de la debilidad de mi memoria. A veces siento que el tiempo pasa de lado, como una neblina que solo se detiene a mi alrededor cuando trae consigo algo doloroso. Los recuerdos se me escapan. No obstante, es posible que yo, de alguna forma, me escabulla de mi memoria: el tiempo y yo hicimos un pacto de no adhesión.

Supongo que no hay razón para aplastar a los pececillos de plata. No pueden estar fuera de lugar porque nadie los ha colocado donde están.

Es mi cumpleaños, han venido todas a visitarme. Mi tía se sienta frente a mí y dice que ya no confía ni en sus ojos ni en sus oídos. Lo dice y me mira, mientras acerca su rostro al mío, como si yo no pudiera verla ni sentirla. Dice que no confía en sus ojos y se levanta las gafas. Pareciera que no confía ni en sus ojos ni en su memoria. Creo que la entiendo. Imperceptiblemente —por lo menos para mí—, me he convertido en este hombre adulto. No me di cuenta, pero aquí estoy, con una vida en la que he sido la mitad.

Estamos muy cerca el uno del otro. Tan cerca que ya no la veo bien. Sin embargo, sus ojos nublados me recuerdan el tiempo: el mío, el nuestro. Ella ha sido otras. ¿Las recuerda? ¿Cómo las recuerda? A veces creo que ha entrado tan hondo en el dolor de ella misma que los días son puntos centelleantes, como los de una ciudad lejana en la noche.

Se baja las gafas y deja de mirarme. Imagino que ya vio lo que necesitaba. Luego declara: hoy cumpliría años Marcelita, cincuenta y pico.

Las pocas estructuras que sobresalen han sido cubiertas por la humedad. Sobre el blanco de las paredes aún en pie surgen los colores. Las derruidas estructuras van cayendo poco a poco. Ya no hay puertas ni ventanas. El suelo es vegetal. Los árboles se abren paso entre las ruinas: las habitan, las transforman. Me digo que la naturaleza reconquista el espacio, pero entiendo que esa idea aparentemente inevitable no es mía. Se me ocurre que quizá algo de eso es lo que expresan los cuadrípticos de François Dolmetsch: el deterioro de la vida humana y el poderío del paisaje, la montaña como fuente de vida y destrucción.

Dos hombres se nos acercan. El calor es sofocante, siento que hemos estado días allí, a la intemperie. Se dirigen a ellas, a mí no me miran. Les preguntan si conocen la obra del maestro. Todas niegan con la cabeza. Dicen que él quiere recuperar la memoria, poner un límite a la maleza, porque todo está a punto de caerse, de perderse para siempre. Dicen que quieren mantener y preservar la esencia de lo que fue el pueblo, de esas veinticinco mil almas, que en paz descansen. Imagínense acá un parque temático para la vida, para la cultura de la prevención, dicen. Ellas se miran, pero no responden. Les digo a los dos hombres que solo queremos caminar un poco más, que ya estamos de salida. Siento que esa es la única forma en que quieren irse esta vez: después de caminar hasta caer rendidas.

Los emprendedores no han perdido el tiempo. Sobre las paredes derruidas han pintado señales y direcciones. Una conduce a un museo. Supongo que es el inicio del proyecto. Por ahora, los turistas son pocos. El paisaje es tan amplio que no se ve ni se oye a nadie. Entre la tierra seca y la maleza se ven cruces blancas. Están separadas unas de las otras. Algunas fueron pintadas recientemente.